

GALAXIA 7, MARZO-ABRIL 04

Cosmos, o la maravilla de la ciencia

Ángel Gómez Roldán

«La imaginación a menudo nos lleva a mundos que nunca han existido. Pero sin ella no vamos a ninguna parte.»

Carl Sagan

Hace ya casi un cuarto de siglo que Carl Sagan estrenó la serie de televisión Cosmos. Lo que fue una arriesgada apuesta por divulgar ciencia, especialmente astronomía, en el medio de comunicación por excelencia, sobrepasó todas las expectativas y se convirtió en un éxito popular y de audiencia sin precedentes. Asimismo, el libro del mismo título que salió acompañando a la serie, vendió millones de ejemplares. Hasta la fecha, ningún otro documental científico ha igualado el impacto de Cosmos. ¿Qué es lo que esta obra tuvo –y tiene– de especial?

A pesar del tiempo transcurrido desde que la serie de televisión se pusiera en antena, si a cualquier persona de la calle se le preguntase si reconocen el nombre de Carl Sagan y con qué lo asocian, probablemente muchas responderían identificándolo como el erudito presentador de *Cosmos*. Sagan ha sido, casi sin duda, uno de los científicos del siglo XX más conocidos del mundo. Y gran parte de esa popularidad se debe, también sin duda, a su obra *Cosmos*. En ella, mientras se nos ofrece una imagen de un Universo vasto y formidable, en el que la humanidad ni destaca, ni mucho menos es la obra cumbre de la creación, Sagan tiene la portentosa destreza de conseguir que el espectador (o el lector del libro) no se sienta ni insignificante ni desamparado, sino todo lo contrario, viéndose envuelto por una sensación de asombro e inspiración por las posibilidades que el cosmos ofrece a nuestra especie. Para muchos, así, *Cosmos* es un viaje de la imaginación tanto intelectual como espiritual.

Al preguntarle a Sagan por las razones de querer llevar a cabo un proyecto tan ambicioso como una serie de televisión que hablase de ciencia, respondió: «Sabía por propia experiencia que existe un enorme interés global por la exploración de los planetas y por muchos otros temas científicos relacionados, como el origen de la vida, la Tierra y el Cosmos, la búsqueda de inteligencia extraterrestre, o nuestra conexión con el Universo. Y estaba seguro que este interés podía ser avivado a través del medio de comunicación más poderoso, la televisión.» Coincidiendo con su consagración como autor y divulgador en 1978 con el libro *«Los dragones del Edén»*, merecedor del Pulitzer de literatura de no ficción, Sagan se volcó en la realización de la que sería su obra cumbre, en la que se narra la evolución cósmica vista desde un contexto humano. Para ello, supo rodearse y contar con la colaboración de los mejores expertos de su tiempo.

Adrian Malone, veterano de varias realizaciones de la BBC, fue el productor ejecutivo de *Cosmos*, y su considerable experiencia y talento fueron esenciales para el éxito de la serie. Una de las mayores preocupaciones de Malone fueron los efectos visuales. El increíble éxito de la película de *La Guerra de las Galaxias*, recientemente estrenada por aquellas fechas, había elevado mucho el listón para la audiencia de un programa de televisión que tuviese que ver con el espacio. Malone y Sagan tuvieron la fortuna de producir *Cosmos* en Los Ángeles, donde pudieron contratar a algunos de los mismos artistas de efectos especiales que habían trabajado con George Lucas en *La Guerra de las Galaxias*. Y, a pesar del tiempo transcurrido desde entonces (casi un cuarto de siglo ya), la fuerza visual de la serie sigue siendo bastante buena, aunque ya con un cierto sabor añejo.

El rodaje de *Cosmos*, además de en los Estados Unidos, incluyó localizaciones en Holanda, la India, Japón, Gran Bretaña, Alemania, Grecia e Italia. Incluso, para remedar a la superficie de Marte, recientemente visitada –en 1976– por las sondas espaciales *Viking*, se utilizó al famoso Valle de la Muerte en California. La coincidencia de que las naves interplanetarias *Voyager* realizaran sus dos sobrevuelos por Júpiter y sus satélites mayores durante la primera parte del rodaje (marzo y julio de 1979), le dio un extraordinario valor añadido por sus inéditas y espectaculares imágenes de esos lejanos mundos.

Además de los novedosos efectos visuales, otro de los detalles que contribuyó de manera fundamental al triunfo de *Cosmos* ha sido su música. La banda sonora, cuidadosa y sabiamente escogida, fue también muy galardonada, destacando el descubrimiento del compositor griego Vangelis, quién poco después se haría mundialmente famoso con su Óscar por la música de la película *Carros de Fuego*.

Una de las ironías de *Cosmos*, que destaca entre otros muchos aspectos por ser de un ecologismo avanzado a su época, es que una compañía petrolífera, ARCO, fue una de los productores de la serie, y suministró fondos adicionales cuando ésta se salió del presupuesto inicial. Los otros productores fueron el consorcio de televisiones públicas Public Broadcasting Services (PBS), quien encargó la realización de la serie a la cadena KCET de Los Ángeles, y las Fundaciones Arthur Vining Davis. Otra de las peculiaridades de la serie, y que fue discutida por algunos, fue la característica nave espacial imaginaria con forma de la semilla aérea de la flor del Diente de león, que Sagan emplea para moverse entre las estrellas. El hecho de que su majestuoso aspecto interior recordase a un templo, o que Sagan utilizase el poco científico método de manejar la nave moviendo teatralmente sus manos sobre unos misteriosos controles iluminados, levantó las suspicacias de los ortodoxos.

El coste de *Cosmos*, que como en cualquier proyecto de envergadura sobrepasó su presupuesto, fue de 8,2 millones de dólares de entonces, una factura realmente abultada para los estándares de la escasa divulgación científica en televisión de la época. Tras más de dos años de trabajo, la serie de trece capítulos se estrenó en los Estados Unidos el 28 de septiembre de 1980. Y hubo un factor de suerte en esos días: la mayoría de las cadenas de televisión sufrían una huelga de actores, que hacía que hubiese muchas reposiciones en la pequeña pantalla. Las cadenas de la PBS, al ser públicas, eran unas de las pocas que no tenían este problema con los actores, y en el otoño de 1980 se encontraban ganando gran cantidad de nuevos espectadores derivados de las otras cadenas, justo cuando *Cosmos* hizo su debut. La serie fue recibida con bastantes críticas pero con unos excelentes índices de audiencia. El tiempo comenzó a dar la razón a la visión de Sagan, y varios premios Emmy o Peabody en 1980 y 1981, los más prestigiosos de la industria audiovisual norteamericana, confirmaron el triunfo de la serie, que fue un éxito sin precedentes. Se convirtió en la serie de televisión más vista y más conocida de la historia de la PBS, y, hasta la fecha, se calcula que la han visionado más de 600 millones de personas en 60 países diferentes. El libro del mismo título que se puso a la venta acompañando a la serie fue el número uno en la lista de obras de no ficción del periódico *New York Times* durante 70 semanas, convirtiéndose en el libro de ciencia más vendido del siglo XX (en España, publicado por Planeta en 1982, se han editado diecinueve ediciones, y después de más de veinte años, aún es muy demandado). Carl Sagan se transformó en una estrella mediática, apareciendo en la portada de la emblemática revista *Time* con el título de *Showman of Science*. En el artículo del interior de esa revista, se leía: «La mayoría de los científicos, cada vez más sensibles a la necesidad del apoyo del gran público y de una mayor comprensión de la investigación, aprecian en lo que se ha convertido Sagan: el más efectivo vendedor de ciencia de América.» Pero también es cierto que una parte considerable de la comunidad científica no valoraba tanto ni a Sagan ni a sus obras, conceptuándolo como una especie de arribista más preocupado por la fama que por la ciencia, y esto incluso bastante antes de *Cosmos*, pues Sagan siempre había estado muy preocupado por la divulgación, una actividad precisamente no demasiado bien vista por los científicos de la época. A Sagan se le denegó un puesto en la elitista Universidad de Harvard, teniendo que optar por la más liberal de Cornell, y asimismo hubo varias *manos negras* que impidieron en 1992 su acceso como miembro de la prestigiosa Academia Nacional de las Ciencias. Quizás es un tanto revelador a este respecto que la misma Academia le otorgase un premio a título póstumo...

Tras una década de los años 70 plagada de pseudo ciencias en los medios –recordemos, por ejemplo, a los libros sobre extraterrestres de los controvertidos Erich Von Däniken o Peter Kolosimo, los programas de Uri Geller, y series de televisión sobre OVNI como *Project UFO* (que en España se tradujo por *Proyecto Libro*

Azul); la serie *Cosmos* fue una bocanada de aire fresco, toda «una llama de la razón en la oscuridad», como se dijo textualmente. A pesar de ello, y quizás precisamente por ello, en los Estados Unidos, *Cosmos* fue atacada desde el principio por astrólogos, seudocientíficos y algunos líderes religiosos, la típica minoría escandalosa que siempre asalta con vigor a cualquiera que se atreve a retar sus místicas visiones del mundo con argumentos sencillos pero contundentes y una enorme cantidad de pruebas.

Lo que es una desgracia es que los productores televisivos de la actualidad parecen haber olvidado la auténtica lección de *Cosmos*. Por primera vez, alguien no subestimó la inteligencia del espectador, y se realizó una serie que divulgaba en el más extenso sentido de la palabra, consiguiéndose que la gente la viese y descubriese el gusto de aprender.

Uno de sus amigos y colaboradores más cercanos, el también científico –y escritor de ciencia ficción *hard*– Gentry Lee, dice en una de las biografías de Sagan: «Carl probablemente tocó mas corazones y mentes que cualquier otro científico de la historia. Apostaría que más gente ha decidido llevar a cabo carreras científicas por su influencia que por cualquier otra persona. Por todas estas cosas, el mundo debería estarle eternamente agradecido.»

Para finalizar, permítase al autor de este artículo una breve reflexión personal, ya que el que suscribe, un adolescente en bachillerato cuando *Cosmos* se estrenó en España, le debe mucho a Sagan. El mes de su muerte, diciembre de 1996, me encontraba trabajando como operador en el telescopio infrarrojo *Carlos Sánchez* del Observatorio del Teide, del Instituto de Astrofísica de Canarias. Recuerdo que los comentarios de los astrónomos y el personal del observatorio cuando nos enteramos del fallecimiento de Sagan fueron todos unánimes: «A mí me marcó mucho lo de *Cosmos*.» El hecho de que desde haber visto la serie y haber leído el libro, me decidiese firmemente en mi vocación de trabajar y de divulgar la ciencia, es una consecuencia directa de la extraordinaria habilidad de Carl Sagan para transmitir la sensación de maravilla de la ciencia, una sensación que me acompaña y me acompañará durante toda mi vida. *Cosmos* fue, en mi caso, el catalizador de toda una manera de ver y entender la vida. Y, como decía Gentry Lee, por todas esas cosas –y muchas más–, el mundo debería estarle eternamente agradecido.